

RECENSIONES

DOMINIQUE LAPIERRE y LARRY COLLINS: *Ô Jérusalem*. Editions Robert Laffont, París, 1972, 637 pp., fotografías y mapas.

Quizá sea rizar el rizo comentar una obra que ha gozado de publicidad tal que, en la última Feria del Libro, rara ha sido la caseta en la que no figurase en su versión española, lo que hace presumir que no pocos lectores de esta REVISTA la conocen. No obstante, en atención a aquellos que no la hayan leído, daremos noticia de *Ô Jérusalem*, según su texto original, único del que disponemos.

Sus autores son dos excelentes periodistas. Más que por la actualidad, se interesan por la historia reciente: son el francés Dominique Lapierre y el norteamericano Larry Collins. Son nombres que sonaron relacionados con una biografía de «El Cordobés», *Ou tu porteras mon deuil*, basada, dijeron, en sus declaraciones. El famoso torero afirmó que eran inventadas, lo que motivó una acción judicial. ¿Echaron o no mano de la imaginación e inventiva en aquella ocasión? No se sabe. En todo caso, la obra que nos ocupa prueba una fértil imaginación susceptible de hacer revivir el pasado. Es cualidad singular cuando se trata de relatar y describir la confusa etapa del conflicto árabe-israelí que abarca desde la decisión de la ONU de partición de Palestina (noviembre de 1947) hasta la guerra que siguió a la proclamación del Estado de Israel (mayo de 1948). Aunque los autores de esta obra centren preferentemente su relato en una Jerusalén estremecida y ensangrentada por los atentados terroristas y, finalmente, sometida a cerco por los árabes y a feroces enfrentamientos, la acción desborda ese marco y lleva al lector por toda Palestina, la de los pueblos árabes y los *kibbutz*, la de los cerros y los valles y, en particular, la de unas comunicaciones con Tel-Aviv, vitales para los israelíes decididos a dominar la ciudad de la que dice un Salmo: «Si me olvidara de ti, oh Jerusalén, seca quede mi mano diestra.» Pero esa emotiva fidelidad a Jerusalén tenía —y tiene— el inconveniente de que también para los musulmanes —y no digamos para los cristianos— es ciudad santa.

Con bien cortada pluma, ligera y coloreada, ducha en grado sumo en el arte de la descripción evocadora de escenas, ambientes y personas, los autores de *Ô Jérusalem* ponen ante los ojos y la sensibilidad del lector las aventuras, sufrimientos, tretas, amores, odios, heroísmos y luchas de aquellos meses que remataban años de guerra civil a la que Gran Bretaña no pudo poner coto ni resolver. Lo hacen a través de un relato que

tiene ritmo y hasta técnica cinematográfica; tal es la rápida sucesión de escenas diversas, la variedad de tipos humanos que desfilan por esas páginas y los múltiples enfoques del tema. Habida cuenta de que *Ô Jérusalem* se ha escrito a base de recuerdos evocados por protagonistas de aquellos meses trágicos y de una copiosa documentación, es de destacar que sus autores no sólo dan la impresión de que vivieron lo que cuentan, sino de que lo están viviendo.

Imbricado en el relato, queda expuesto a grandes rasgos los antecedentes históricos y el problema político existente debajo lo episódico, éste planteado clara y objetivamente al iniciarse la obra y partiendo de la famosa Declaración Balfour. Por lo demás, Dominique Lapiere y Larry Collins no se andan por las ramas para puntualizar la responsabilidad que corresponde a las grandes potencias en un «conflicto que iba a incendiar Tierra Santa y no apagarse ya». Dándole el último toque a la peregrina decisión británica de crear un Hogar judío en Palestina, parece ser —y se sugiere que tal ha dicho Ben Gurion, muy bien informado de lo que se acordó en Yalta— que en aquella Conferencia Stalin impuso el proyecto de establecer un Estado de Israel. Obvio es decir que los Estados Unidos pusieron todo por obra para que así fuera (voto de partición en la ONU, presionando por todos los medios a los países necesitados de su ayuda económica; desestimando un nuevo debate sobre la partición, por decisión presidencial en contra del criterio del Departamento de Estado). En 1948, obsesionado el equipo dirigente norteamericano por consideraciones de política electoral —era año de elecciones presidenciales, como 1972—, el presidente Truman se afanó por consolidar el tambaleante Estado, reconocido por los Estados Unidos catorce minutos después de su proclamación. Y sobrevino el alto el fuego impuesto, que perjudicó decisivamente a los árabes y permitió a los judíos importar armas a mansalva.

Es decir, que la razón, que se nutre de evidencias, e incluso la justicia, llevan a Dominique Lapiere y Larry Collins a admitir que los derechos de los árabes palestinos fueron atropellados. Pero los judíos también invocaban, derechos, nada menos que milenarios. Para el lector, tales derechos se asientan en la compendiada exposición histórica de las vicisitudes del pueblo judío. Nuestros dos periodistas no son historiadores. Ni presumen de serlo. Por ello no se les puede reprochar en serio errores, omisiones, anacronismos (como, por ejemplo, calificar de «Estado soberano» al Israel del Rey David, diez siglos antes de Cristo) y hasta distorsiones de la verdad, tal vez debido a los efectos de un sutil condicionamiento al que no lograron hurtarse los autores de *Ô Jérusalem*. Estas distorsiones son singularmente chocantes en lo que respecta a la situación de los judíos en la España reconquistada: saltándose siglos de lenta Reconquista, sin solución de continuidad, los autores hacen pasar los judíos de las bienandanzas de tiempos del Jalifato a la expulsión decretada en 1492. Así quedan en el tintero siglos de fructuosa convivencia y hasta de fusión. Por lo demás, se desprende de la obra, aunque el derecho a recopar la vieja casa solariega echando con tiros y amenazas a sus nuevos propietarios, es cuestionable, no lo es tanto cuando se hace un parangón entre los judíos inteligentes, cultos, activos, organizados, tenaces, heroicos, y los árabes, impenitentes char-

RECENSIONES

latanes, desunidos, ignorantes, atrasados e indolentes, si bien valientes. Los autores de *Ô Jerusalem* han caído en la tentación de adoptar la escala de valores imperante, en la que la eficacia y la fuerza—que hacen los victoriosos—ocupan el primer lugar. Sin embargo, hay que reconocer que hicieron esfuerzos para resistirla.

Completan la obra fotografías, mapas, una amplia bibliografía, un sinfín de nombres y un original e interesante «Qué ha sido de ellos en 1971». Da noticia de la situación y residencia de personas (árabes, israelíes y europeas) que desempeñaron un papel en el drama que relatan Dominique Lapierre y Larry Collins. Nos informa, por ejemplo, que Abu Jalil Geno, el árabe que hizo volar el *Palestine Post*, diario judío, es actualmente un acaudalado hombre de negocios residente en Jerusalén. Así es la vida...

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA

GIOVANNI BLUMER: *La revolución cultural china*. Ediciones Península, Barcelona, 1972; 429 pp.

Para comprender en toda su profundidad y trascendencia el fenómeno sociopolítico que implica la llamada «Revolución Cultural», es conveniente partir del supuesto real de que, efectivamente—ya varios especialistas en la materia lo han explicado convincentemente—, «el término de "revolución cultural" no designa solamente el movimiento de masas que ha agitado China de 1966 a 1969. La búsqueda de una transformación radical del comportamiento del hombre es una preocupación constante de los comunistas chinos incluso antes de su toma del poder». La Revolución Cultural, pues, constituyó una necesidad inexorable: «en la nueva sociedad china—subraya un autor contemporáneo—los distintos elementos de la infraestructura se hallan en contradicción: las relaciones de producción se hacen socialistas, pero las fuerzas productivas siguen siendo artesanales. También la superestructura de la sociedad es heterogénea. El Estado es socialista, el partido es proletario, pero las conciencias siguen alienadas por una esclavitud ancestral. Por último, superestructura e infraestructura mantienen relaciones contradictorias. La sociedad china está, por consiguiente, llena de contradicciones que los comunistas victoriosos deben resolver. Esto se logra prolongando la toma del poder, tanto mediante una revolución cultural al nivel de la superestructura, como por una revolución económica que altere la infraestructura». Consecuentemente, no es preciso profundizar excesivamente en este extremo para ver con toda claridad, la Revolución Cultural de mayo de 1966 a abril de 1969 manifiesta, entre otras muchas cosas, la gran confianza que Mao Tse Tung depositó en la iniciativa colectiva. Las masas se movilizaron en aquel entonces para «transformar la fisonomía de toda sociedad moral con el pensamiento, la cultura, las costumbres y hábitos nuevos propios del proletariado».

Mao Tse Tung ha sido, en rigor—como perfectamente ha señalado el escritor Heleno Saña—, el fundador de una nueva estrategia sociopolítica. Mao Tse Tung no es, por consiguiente (como han pretendido los dirigentes del marxismo soviético), un hereje o un

desviacionista, sino el fundador de un nuevo concepto de la lucha revolucionaria. Frente a la concepción «urbana» del marxismo ortodoxo, Mao señaló desde muy temprano que la revolución china podía ser realizada por las masas campesinas. En 1940 escribe: «Lo que significa que la revolución china es, en el fondo, una revolución campesina, que la actual lucha contra los invasores japoneses es, en el fondo, la guerra de resistencia de los campesinos. La política de la democracia actual consiste, en el fondo, en dar el poder a los campesinos». Y también: «Los campesinos forman el 80 por 100 de la población china; esto lo sabe incluso un alumno de la escuela primaria. Por tanto, la cuestión campesina se ha convertido en la cuestión fundamental de la revolución china, y la fuerza que representan los campesinos constituye la fuerza principal. Después de los campesinos vienen los obreros, que ocupan el segundo lugar en la población china.»

No deja de ser curioso, y es preciso no olvidarnos de este aspecto, que para Mao Tse Tung —y en esta apreciación es posible que radique la general aceptación de la revolución que ha predicado— el hombre, sólo el hombre, constituye el factor esencial de la política. Ciertamente, se ha dicho, «Mao concedió al factor humano una importancia que no encontramos en ningún otro gran líder marxista. Marx y Lenin confiaban más en las ideas que en los hombres». Mao, en cambio, dirá: «El armamento es un factor importante de la guerra, pero no el decisivo; el factor decisivo es el hombre y no otra cosa. La situación militar no depende solamente de las condiciones del potencial militar y económico, sino también de las condiciones del potencial humano y de la moral de la gente.»

El sugestivo desarrollo del proceso revolucionario maofsta, como es bien sabido, ha despertado la atención mundial. El hombre europeo, igualmente, ha seguido y sigue con creciente interés el desenvolvimiento del proceso revolucionario chino sobre el que, circunstancia bastante notoria, se carece de información precisa y veraz. Para Giovanni Blumer, y así lo hace constar en las primeras páginas de su obra, las miradas sobre la problemática china son extremadamente recientes, es decir, el mundo —y concretamente Europa— comienza a descubrir la existencia internacional de China: «Solamente desde primeros de 1963, cuando la disputa chino-soviética alcanzó carácter abierto a través de publicaciones oficiales, China, como gran potencia, entró en la conciencia del lector medio de periódicos europeos, al cual se le presentaba un "bloque comunista" que empezaba a resquebrajarse. La serie de razonamientos que habían caracterizado la guerra fría, y en los cuales se dibujaban las desavenencias entre el Partido soviético y el Partido chino, fue usada en Europa y América con el objeto de hacer provechoso, a partir de esta diferenciación, un anticomunismo inhábil. Precisamente ahora aparecía para el nuevo empeño una China idónea. Bastante irreprochablemente, cualquiera podía abandonarse a reflexiones singulares y apelar, entre otras cosas, a las tendencias raciales aún vigentes de los lectores, a quienes todavía suenan en los oídos los tópicos imperialistas de los años de Guillermo II. "El peligro amarillo", este tópico acuñado en un tiempo en el cual hubiese sido más oportuno hablar de un peligro blanco, resonaba también en la segunda mitad del siglo xx en numerosos artículos de periódico.»

China cobró importancia sustancial, en el ámbito de la política internacional, al tenerse conocimiento de la aparición de los primeros vestigios del conflicto chino-soviético. Fueron jornadas de auténtico júbilo para los observadores neutrales que,

LA REVISTA DE ADMINISTRACION PUBLICA,

atendiendo a las continuas solicitudes de sus lectores se complace en anunciar la próxima reedición de todos los números agotados de la misma. Será posible, así, completar las colecciones de nuestros suscriptores.

Los números que van a ser reimpresos son los siguientes:

1-2-4-5-6-7-8-9-10-11-12-13-14-15-16-17-18-19-32-33-34-35-36-37-38-40-43-46-47
48-49-58-59-60-61-62-63

Los pedidos a LESPO - Calle del Reloj, número 1 - Madrid - 13

RECENSIONES

efectivamente, seguían con toda devoción el enfrentamiento dialéctico entre los dos colosos: «Cuando se creyó saber—escribe el autor del libro que suscita nuestro comentario—que el conflicto chino-soviético había surgido de una insignificancia—porque China pareció oponerse a la política de coexistencia iniciada por la Unión Soviética en 1960—la gente sintió sus sospechas confirmadas. Se regocijaron solemnemente cuando los documentos chinos reprocharon la coexistencia política rusa, puesto que "la coexistencia política con el imperialismo americano" significaba traicionar a la revolución. Así el fácil y contundente clisé de la "agresiva China" encontró una cómoda entrada en las cabezas de los europeos medios, con lo cual, además, se prescindió de tomar en consideración que la política de coexistencia no era principalmente reprochada, sino más bien matizada. Los documentos chinos distinguen, en su crítica del revisionismo, entre "coexistencia pacífica entre Estados de sistemas sociales diferentes" y "coexistencia pacífica con el imperialismo americano". La coexistencia pacífica "entre Estados" era aceptada; la coexistencia pacífica con el "imperialismo americano", por el contrario, declararía la guerra. Este es, en esencia, el contenido de la actual crítica del revisionismo.»

Poco a poco, sin embargo, la China de Mao Tse Tung iba dejando notar su impronta en el marco de la política internacional, y, precisamente, por su rígido enfrentamiento a la Unión Soviética. Justamente, afirma Giovanni Blumer, «apenas se dibujaba la mejora de la situación económica, Mao Tse Tung se decidía, a finales de 1962, al ataque implacable contra la política internacional, decisivo para la historia mundial, y a realizar abiertamente la crítica del revisionismo. En el curso de los años 1963 y 1964 se dio a conocer un gran número de ataques polémicos e ideológicos contra la línea política e ideológica que representaba a la Unión Soviética y a otros partidos comunistas. Por su parte, las réplicas suministraron material para nuevas controversias. El ensanchamiento de este conflicto nos sería escamoteado en lo referente a lo que nos interesa en este trabajo: el desarrollo interno de la vida política en la República Popular de China durante los años que seguían con este conflicto. Sobre las relaciones chino-soviéticas ya han visto la luz numerosos trabajos; sin embargo, la mayoría son productos de actualidad preparados rápidamente y obtenidos de tercera o de cuarta mano. Solamente unos pocos consiguen ofrecer un retrato vivo de la vida en la sociedad china. De los trabajos que se limitan a temas específicos sólo en algunos se pueden percibir las situaciones ciertas que han conducido a la Revolución Cultural. Los trabajos de algunos periodistas que durante los años sesenta han visitado China con permanencias prolongadas son ricos en aclaraciones, porque sus autores sabían tener simpatías para con unos hombres que tienen sus buenas razones para ocuparse de otro punto de vista; simpatías que arman contra la argumentación sospechosa, que crean unas premisas para la comprensión y que ocasionalmente se dejan escarmentar. Después de la lectura de estos trabajos también el despreocupado lector deberá reconocer que la política china merece sin duda nuestro interés de entendimiento».

Es obvio, y el autor de estas páginas acierta plenamente al realizar la afirmación que seguidamente insertamos, que «la situación política y social de un país de setecientos millones de habitantes no puede ser esclarecida de una manera razonable con una serie de moldes. Si uno omite esforzarse, pues, por complejos estados de causa, y

no sabe conducirse críticamente ante las fuentes de información y de noticias, acusará a la política de Mao Tse Tung de que ésta, precisamente, quiera comprimir el país en moldes. Se trocaría con ello el cuadro que uno mismo querría formarse de la realidad. Pero, mientras tanto, los acontecimientos de la Revolución Cultural han escarmentado a aquellos que se habían esforzado en pintarlo todo con los más delicados o tóricos tonos. La Revolución Cultural ha enriquecido fundamentalmente nuestra imagen de la República Popular China, ante todo por la irrupción de Mao Tse Tung en la política, poniendo de manifiesto que estaba dispuesto a impugnar la parte de ésta que él mismo había esencialmente congestionado. Se ha proclamado en oposición al característico aparato, a aquel aparato del cual siempre se había supuesto que lo seguiría bajo todas las circunstancias. Mao Tse Tung demostraba con esto una vitalidad que es muy rara en hombres de Estado de edad muy avanzada y coronados por el éxito. Lo que realizó con la Revolución Cultural pone de manifiesto no sólo sus habilidades políticas, sino además su profunda comprensión de los engranajes sociales. Un dogmático jamás hubiera llegado a la idea de relativizar una parte de su éxito más asegurado. En la Revolución Cultural se llevó a efecto uno de los más importantes aspectos del pensamiento político de Mao Tse Tung, es decir, la instalación, a pesar de contratiempos y dificultades momentáneas, de los programas políticos planteados a largo plazo. La manera como Mao Tse Tung intentó cambiar su aparato peculiar por una categoría de nueva implantación es algo que todavía se ha de demostrar».

A juicio de Giovanni Blumer, el gran preludeo de la Revolución Cultural lo constituyó la austera reforma que del ejército efectuó Mao Tse Tung. Efectivamente, se nos indica en estas páginas, el 1 de junio de 1965 fueron suprimidos los distintivos y los uniformes especiales de la alta oficialidad del Ejército de Liberación Popular y la instrucción política de la tropa fue arrojada a una preferencia que aspiraba especialmente a un estudio intensivo de la obra teórico-militar de Mao Tse Tung. Esta forma de adiestramiento, empezada ya un año antes, no fue, sin embargo, limitada solamente a la oficialidad. Al mismo tiempo empezaba un movimiento con el cual la ordenación ejemplar del ejército fue propaganda sobre todo entre la juventud. «Aprender del Ejército» era una consigna que ya era conocida anteriormente. Pero en el verano de 1965, especialmente entre los jóvenes, experimentó la más grande difusión. El ejército fue hecho por momentos el abastecedor supremo de las muestras de los verdaderos procedimientos revolucionarios. Las tradiciones del tiempo de lucha y de guerra de guerrillas antes del establecimiento de la República Popular, como las que ejército, presidencia del Partido y campesinado todavía formaban una sola cosa, fueron intensivamente propagadas. Eran ilustrados como héroes soldadoscos los que nunca habían llevado a cabo hechos heroicos militares dignos de ser mencionados, sino que eran más bien héroes sociales.

No hay duda de que la estrategia de Mao Tse Tung comenzaba a producir sus primeros frutos positivos: «Las ideas del camarada Mao Tse Tung—se afirmaba propagandísticamente—sobre la formación de un ejército popular de nuevo corte, capacitaron al Ejército Chino de Liberación Popular para ser completamente libre del antagonismo entre oficiales y personal de tropa, que representan respectivamente superiores y subordinados, que distinguen a todo viejo ejército, y permitían crear para nuestro ejército una vida política activa, gracias a la cual se brinda tanto el centralismo como

RECENSIONES

la democracia, tanto el consenso unitario como un sentimiento de desahogo individual. Ha sido tanto a través de la gloriosa tradición y de un sistema profundamente enraizado en nuestro ejército, como con la costumbre diaria de todos los allegados al ejército, como estas ideas, bajo una dirección centralizada con métodos democráticos, desempeñan ahora los asuntos y solucionan las preguntas. Por todas partes señorea la democracia, tanto en las compañías, en las instituciones del ejército y las escuelas militares, como en el tiempo del trabajo, el desarrollo y la beligerancia».

El sueño dorado de Mao Tse Tung, al formular las principales premisas del proceso que habría de llevar a feliz término el gran acontecimiento de la Revolución Cultural, lo constituía—si aceptamos la tesis del autor de estas páginas— el deseo de solucionar cualquier problema, aun por grave que fuese, mediante el empleo de la adecuada «política». Queremos decir con esto que, en buena lógica, el líder chino estaba ilusionado con efectuar una revolución de índole pacifista. Claro está, por supuesto, que no hay que olvidar que Mao Tse Tung es el autor de una doctrina profundamente inquieta, a saber: «Todo comunista tiene que comprender esta verdad: el poder político surge del fusil». Estas palabras fueron pronunciadas por el líder chino en 1938. Ahora, en 1965, las cosas habían cambiado sustancialmente. Mao Tse Tung, ya no empleaba la violencia, cuando menos en su más alto grado, sino, por el contrario, empleaba una nueva arma esencialmente eficaz: la propaganda.

Efectivamente, subraya el autor, la etapa referente a la preparación del estallido de la Revolución Cultural se ha caracterizado por el desorbitado empleo de la propaganda: «Demostrando que la cultura contemporánea china está por entero al servicio de la propaganda, esto no puede por menos que chocar moralmente a algunos. El experimentar que la totalidad de la temática de las creaciones artísticas es referida solamente a la actualidad, ha de desencantar a todos los que intentan, con gusto y a menudo, amueblar la actualidad con viejas garrambainas y también ha de doler a los que se someten, con noble esfuerzo, al trabajo de mantener vivos para la actualidad los temas de los seres humanos del pasado. Con todo, la cultura feudal de China aparece aplicada a la actualidad de un modo extraordinariamente retrógado. Solamente a partir de un punto de vista histórico bien equilibrado se puede ser capaz de apreciar su valor. Los despojos que flotan en la actualidad son de una naturaleza muy diferente de lo que quieren crear algunos idealistas de Occidente. Que es lo mismo que decir que la herencia histórica está mucho más tarada de lo que se cree por regla general entre nosotros. Desde hace algunas decenas de años señorean en China unos conceptos arcaicos en modo tal que el cambio de cara a los tiempos modernos no puede seguirse sin dificultades».

Consecuentemente, conviene no perder de vista que la Revolución Cultural ha introducido nuevas escalas que en el interior de las fronteras, en efecto estrechamente demarcadas, dejan abierta la posibilidad para unas creaciones artísticas y literarias absolutamente fecundas; escalas que son con mucho más interesantes que las del viejo departamento de propaganda. La cita de Mao que siempre se alega para este contexto dice así: «El proletariado tiende a cambiar el mundo a la medida de su propia forma de verlo; eso mismo hace la burguesía. En esta relación radica la cuestión todavía por resolver de quién de ambos tomará la delantera». Mao Tse Tung

constituye, pues, la gran panacea para su pueblo, es decir, cualquier problema socio-político que al pueblo chino se le plantee puede ser solucionado con una detenida meditación del pensamiento del singular líder: «Cuando dominamos el pensamiento de Mao Tse Tung somos capaces de penetrar profundamente en las cosas y de reconocer el todo a través de la observación de lo vario. Aprendemos a captar lo esencial detrás de los fenómenos exteriores y sabemos dejar aparte los escombros, para llevarnos un conocimiento más profundo de las cosas; si lo hacemos, entonces los monstruos de toda la calaña dejarán de ser capaces de encontrar lugares donde esconderse».

Otro, pensamos, de los brillantes aciertos del presidente Mao Tse Tung lo ha constituido, quiérase o no, el cuidado que ha desplegado para atraerse a la «opinión pública». Justamente, nos recuerda el autor de estas páginas, «para derribar un poder político siempre es necesario crear ante todo la opinión pública para eso y trabajar en la esfera ideológica. Esto sirve tanto para la clase revolucionaria como para la contrarrevolucionaria». El presidente Mao Tse Tung llega todavía mucho más lejos al aconsejar, si es que se anhela conseguir el triunfo de la causa política que se defiende, la sutil distinción de las áreas en las que el hombre está situado: «Siguiendo las indicaciones del presidente Mao—subraya uno de sus panegiristas—tenemos que saber distinguir entre izquierdas, el centro y las derechas; apuntarnos en la izquierda, combatir la derecha y ganar para nosotros a la gran mayoría, unirnos a ella y educarla para llevar a cabo la Gran Revolución Cultural Proletaria. Para los representantes de la burguesía que se han colado subrepticamente en nuestro Partido y hacen ascosc de la bandera roja a la vez que la izan, estos llamados «talismanes» tienen un único fin: el de perpetrar la dictadura sobre el proletariado. En los círculos culturales ya se han llevado consigo una parte del poder y ya han instituido la dictadura sobre nosotros. Tenemos que tomar de nuevo estas posiciones perdidas y desbancar a todos los representantes de la burguesía».

¿Cuáles son, pues, los principales objetivos de la Revolución Cultural? Por lo pronto, tal y como parece deducir el autor de este libro, uno de los objetivos esenciales del proceso revolucionario maoísta consiste en no parecerse a ningún otro proceso revolucionario: «La Gran Revolución Cultural Proletaria que ahora se desarrolla—los maoístas piensan que la revolución todavía no ha culminado—es una gran revolución que afecta en lo más hondo de los hombres y significa una fase nueva dentro de la evolución socialista de China; una fase que es aún más profunda y amplia que la precedente».

Una revolución que posee infinidad de etapas que cumplir, puesto que, señala Giovanni Blumer, «aunque la burguesía haya sido derribada, todavía sigue intentando emplear las viejas ideas, la vieja cultura, los viejos usos y costumbres de la clase explotadora, con el fin de corromper a las masas, ganar su corazón y esforzarse en escenificar un retorno. El proletariado tiene que hacer exactamente lo contrario: ha de contrarrestar obstinadamente todo desafío de la burguesía en el dominio ideológico y utilizar las nuevas ideas, una nueva cultura, los nuevos usos y costumbres del proletariado, con el fin de modificar la faz intelectual de toda la sociedad. De momento el objetivo primordial de la Revolución Cultural parece ser el de la lucha contra la gente en el poder que han tomado el camino capitalista y lograr su exterminio; la

crítica y repulsa de las reaccionarias y burguesas «autoridades» académicas y de la ideología de la burguesía y de todas las demás clases explotadoras, así como la transformación de la educación, el arte y la literatura y todas las demás partes de la sobreestructura que no responden a la base económica socialista; con esto se acelerará la consolidación y desarrollo del sistema socialista».

¿Quién es el auténtico protagonista de la Revolución Cultural? Sin duda alguna, ya lo hemos indicado en líneas precedentes, el auténtico protagonista o intérprete de tan magno acontecimiento lo constituye el propio pueblo, a saber: «Las masas de obreros, campesinos y soldados, de funcionarios e intelectuales revolucionarios, forman la fuerza principal dentro de esta gran Revolución Cultural. Un gran número de jóvenes revolucionarios que antes eran completamente desconocidos han venido a ser valientes y arriesgados precursores. Son en efecto enérgicos e inteligentes. A través de los medios de los diarios murales y de los grandes debates, discuten las cosas, las desenmascaran y critican profundamente y atacan resueltamente a los representantes descubiertos y a los ocultos de la burguesía. Dentro de un movimiento revolucionario de tal magnitud, es apenas evitable que tengan un defecto u otro, pero, desde el principio, su orientación revolucionaria general era la acertada. Esto es la corriente principal dentro de la Gran Revolución Cultural Proletaria. Es la dirección esencial por la que seguirá caminando la Gran Revolución Cultural Proletaria.»

Educación a las masas constituye, igualmente, otro de los grandes incentivos del proceso revolucionario que comentamos. Pero, advierte Giovanni Blumer, lo realmente sugestivo de esta labor pedagógica estriba en el hecho de que, quiérase o no, tiene que ser la propia masa la que se eduque por sí misma. Consecuentemente, uno de los grandes blasones de la Revolución Cultural radica en el principio siguiente: «Dejad que las masas se eduquen a sí mismas en este movimiento.» Por lo tanto, piensan los maoístas, «en la Gran Revolución Cultural Proletaria está el único método para que las masas se rediman, y el método de hacerlo todo por ellas no puede ser aplicado. Confíad en las masas, apoyaos en ellas y atended a sus iniciativas. Libraos del temor. No tengáis ningún miedo del desorden. El presidente Mao nos ha dicho a menudo que la revolución no puede ser en tal medida pulida, dulce, moderada, benévola, cortés, discreta y magnánima. Las masas tienen que educarse a sí mismas en este gran movimiento revolucionario y aprender a distinguir entre lo falso y lo verdadero, entre hacer algo de forma correcta o incorrecta».

La Revolución Cultural además, muy bien se nos indica en las páginas de este libro, ha querido señalar el camino al pueblo chino para que no caiga en ninguna contradicción doctrinal. Justamente, ha dicho Mao Tse Tung en cierta ocasión, «hay que distinguir claramente entre dos diferentes clases de contradicciones: las del pueblo y las que hay entre nosotros y el enemigo. Ni las contradicciones del pueblo pueden ser falseadas como si fueran las que hay entre nosotros y el enemigo, ni las contradicciones entre nosotros y el enemigo pueden ser dadas por las del pueblo».

Para las masas populares es completamente natural tener diferentes opiniones. Las controversias entre los distintos pareceres son inevitables, necesarias y provechosas. En el transcurso de una discusión normal y agotadora las masas ratificarán lo bueno, corregirán lo que sea falso y obtendrán paulatinamente la unanimidad. El método empleable en las discusiones es la exposición de los hechos, la argumentación y, con ayuda de esta argu-

mentación, la persuasión. Es inadmisibile el obligar con violencia a una minoría que tiene otra opinión a doblegarse. La minoría deberá ser amparada, puesto que a veces la verdad está con ella. Incluso cuando no tiene razón, debería serle permitido a pesar de todo hablar de sus cosas y conservar su opinión —resulta, efectivamente, conmovedora la dulzura del presidente Mao Tse Tung y, por supuesto, la comprensión que despliega en favor de los disidentes.

Es obvio, y sobre este particular no existe la más pequeña duda, que el objetivo esencial de la Gran Revolución Proletaria consiste en lo que podríamos denominar la revolucionarización de la ideología de los hombres, para que el trabajo sea cumplido en todos los terrenos de un modo mayor, mejor, más rápido y más económico. Si las masas se movilizan íntegramente y se proveen los preparativos adecuados, es posible seguir la Revolución Cultural y la producción sin que se estorben mutuamente, mientras la alta calidad de todo nuestro trabajo está garantizada. En consecuencia, considera Mao Tse Tung —oportunamente citado por el autor de estas páginas—, «la Gran Revolución Cultural Proletaria es una poderosa fuerza impulsiva para el desarrollo de las potencias sociales de producción de nuestro país. Todo aspecto que oponga la Gran Revolución Cultural al desarrollo de la producción es falso».

Finalmente, piensa Giovanni Blumer, otro de los aspectos más singulares de la Revolución Cultural es, por supuesto, el que hace de la doctrina del líder maoísta el fundamento esencial del proceso revolucionario al que venimos aludiendo, a saber: la doctrina de Mao Tse Tung es la línea a seguir en cuanto a la acción dentro de la Gran Revolución Cultural Proletaria. «En la Gran Revolución Cultural Proletaria es necesario izar el gran estandarte rojo de la doctrina de Mao Tse Tung y concederle la voz de mando de la política proletaria. El movimiento hacia el estudio vivo y hacia el empleo productivo de las obras del presidente Mao se desarrollará entre las masas de obreros, campesinos, soldados, funcionarios e intelectuales, y la doctrina de Mao Tse Tung debe tomarse como línea a seguir respecto a la acción dentro de la Revolución Cultural.»

El capítulo, pensamos, más sugestivo de la Revolución Cultural es, quierase o no, el concerniente a las libertades que proclamó. Libertades denominadas «democráticas» y que, en síntesis, quedan integradas en cuatro puntos esenciales:

- a) Está permitido defender toda opinión.
- b) Todos y cada uno pueden exteriorizar su parecer.
- c) Están autorizadas las reuniones de cualquier clase.
- d) Hay permiso para dar a conocer diarios murales.

¿Qué posibilidades tiene la nueva «democracia» de conseguir su implantación absoluta? No es fácil ofrecer una respuesta contundente aunque, no obstante, Giovanni Blumer subraya en su libro que, efectivamente, «la democracia pregonada por Lin Piao pronto fue entendida en un sentido, en el cual, según todas las apariencias, el Grupo para la Revolución Cultural no había pensado. La invitación a algunos grupos de rebeldes de tomarse en serio la introducción de la Revolución Cultural en fábricas y empresas fue obedecida de un modo que al primer vistazo parecía “correcta”, pero que posteriormente resultó ser indudablemente “falsa”. Fue inaugurada una nueva política que finalmente traería la desgracia en conjunto a los secretarios del Partido y sindicales, ya que se fue

RECENSIONES

avanzando a lo largo de esta tendencia de desarrollo, edificándose de ella el ataque general. La exigencia de los rebeldes de llevar la Revolución Cultural dentro de las fábricas se interpretó de suerte que ahora fueron los grupos realistas de guardias rojos quienes fomentaron lo que hasta aquí había seguido siendo un privilegio de los estudiantes: el intercambio de experiencias revolucionarias».

La verdad sea dicha, conclusión a la que por último llega el autor de este libro, la Revolución Cultural no ha ofrecido nunca, aunque a primera vista pudiera parecerlo, una auténtica libertad, puesto que, en todo momento, ha estado dirigida personalmente por Mao Tse Tung hasta llegar a lo que el propio presidente ha denominado «consolidación de la situación». «Desde septiembre de 1967 hasta el 1 de mayo de 1968, la situación política continuó determinada por las instrucciones que Mao Tse Tung dictó durante la primera o segunda semana de septiembre y que encontraron inmediatamente una amplia difusión. Estas instrucciones, que circulaban con el nombre de «gran plan estratégico» o «últimas instrucciones», se referían concretamente a los problemas tan ardentemente discutidos. Las instrucciones preveían que en todas las provincias habría de instalarse el nuevo órgano del poder y que comités especiales de preparación deberían disponer el camino para los comités revolucionarios. El texto de este decreto nunca fue publicado íntegramente. Parece que su contenido sólo fue dado a conocer poco a poco, y puede suponerse que este procedimiento estaba basado en las mismas instrucciones. En todo caso a partir de septiembre se empezaron a oír referencias a este documento, y el 14 de septiembre *Renmin Ribao* citó un apartado del mismo que fundamentalmente decía que la gran alianza de las fuerzas que apoyaban a la Revolución Cultural tenía apuros para reclamar una paz consistente, debido a que no había todavía acuerdo sobre muchos puntos o reinaban opiniones contradictorias.»

Mao Tse Tung, tal vez por su extraordinaria experiencia política, tuvo siempre plena fe en el triunfo del proceso revolucionario que se analiza en este libro. Jamás pensó, nos lo indica Giovanni Blumer, en el hecho de que pudieran presentarse dramáticas complicaciones. La cita que del presidente insertamos a continuación resulta bastante explícita: «En el seno de la misma clase obrera no hay ningún tipo de conflicto fundamental de intereses. En la dictadura del proletariado no hay motivo alguno para una escisión de la clase obrera en dos grandes organizaciones irreconciliables.» Ciertamente, hay que entender esta frase en un orden de ideas mayor. Con las dos organizaciones no solamente se hacía referencia a los fieles y a los revisionistas simplemente; más bien se mentaba a las dos tendencias principales habidas en el seno de los partidarios de la Revolución Cultural que habían cristalizado en el transcurso de la primavera y el verano, siendo una tendencia la de «pegar al perro en el agua» y la otra la de «pegar al perro mojado cuando ha salido del agua». En otras palabras, estaban citadas las dos corrientes que entraban en todas las situaciones en las cuales todavía tenían lugar enfrentamientos y en que no estaban dadas las premisas para la Gran Alianza o ésta seguía siendo poco estable. Este, no obstante, sólo era un punto del plan estratégico». El gran plan estratégico completamente apropiado a la situación, comprendía puntos que tocaban los problemas generales del movimiento de las masas, pero había otros que atañían a la dirección de la Revolución Cultural. Respecto a los últimos—subraya Giovanni Blumer—no hemos conseguido descorrer el velo, de suerte que a partir de septiembre únicamente podremos aportar especulaciones, cuando queramos decir algo sobre los sucesos de la cumbre.

RECENSIONES

Pero más importante era el desarrollo en la base, porque allí estaban también los decisivos problemas aún por resolver y allí había que buscar las conquistas más importantes, por ejemplo, todo lo referente al problema de la «participación» de la sociedad china en los quehaceres especialmente gubernamentales.

«Falta saber, señala finalmente el autor de estas páginas, la manera como la sociedad china deposita en las masas obreras una participación más amplia en la administración y resolución en las leyes y reglamentos, pues a nuestro modo de ver estas preguntas no pueden ser todavía decididamente contestadas para todas las esferas de la vida pública, al menos no por nosotros, incluso cuando ponemos de relieve que aunque la formalización no esté efectuada tampoco significa que una tendencia restauradora tuviera todavía posibilidades. Sabemos, a través de informaciones fragmentarias de todas las partes, que las tendencias ideológicas de la Revolución Cultural se consolidaban, que las nuevas temáticas fueron seguidas de nuevo, pero no podemos referirnos inequívocamente a las leyes vigentes para todo el país. En este sentido quedan no pocas incógnitas que despegar.»

El libro de Giovanni Blumer, en el que se estudia con minuciosidad y cuidado el problema chino, revela, entre otras muchas cosas, que, efectivamente, «China se incorpora a la historia reciente del mundo sin miedo ni pavor, como el que llega a casa tras un largo viaje, abre la puerta y entra...» Todo esto, acaso, es fruto de que Mao Tse Tung no ha dejado nada a la improvisación, puesto que, como muy bien ha dicho, «hay que eliminar por completo toda idea de lograr victorias fáciles por obra de la buena suerte, sin una lucha dura y acerba, sin sudor y sangre». Todo esto, como perfectamente señala Giovanni Blumer, lo representa la tan traída y llevada Revolución Cultural.

El éxito auténtico de Mao Tse Tung estriba, como de forma admirable ha escrito Milovan Djilas, en haber conseguido que las ideologías políticas ocupen el lugar reservado a la religión. En efecto, «la condición necesaria para que China sobreviva es que su comunismo se entienda como religión. Su situación actual es muy parecida a la que existió en la Unión Soviética de los tiempos de Lenin y de los primeros años del mandato de Stalin. Desde entonces la vida en la Unión Soviética ha cambiado notablemente a medida que aumentaban desmesuradamente sus posibilidades. En la actualidad la ideología se ha convertido en un medio subsidiario de la fuerza económica y militar para imponer su presencia en el mundo...».

JOSÉ MARÍA NIN DE CARDONA

SUZANNE et JEAN COMHAIRE: *Le nouveau dossier Afrique*. Marabout Université. París, 1971, 364 pp.

Es indudable que la irrupción de las cuestiones globales del continente africano en los distintos sectores políticos, culturales, económicos y sociales aparece como uno de los hechos más destacados de la evolución mundial actual. Esto es sobre todo cierto al referirse al Africa tropical, o «Africa negra» en su sentido más amplio; puesto que los países de lengua y formación árábica extendidos desde Gibraltar hasta el Canal de Suez

RECENSIONES

siempre formaron parte de la geografía, la historia y la civilización mediterráneas junto con los bordes contiguos de Europa. En realidad, lo fundamental del interés mundial despertado ahora por las cuestiones africanas y africanistas puestas a nivel continental no consiste en que Africa haya llegado a emerger (bruscamente e inesperadamente). Lo que sobre todo ha pasado es que «el Sahara ha desaparecido»; en el sentido de que el enorme desierto sigue siendo un espacio físico, pero ha perdido sus dos funciones anteriores de vacío geopolítico y barrera entre dos formas de humanidad: la blanca, camita-semita y neolatinizada, al Norte, y la de matices más o menos negros, al centro y centro-sur.

El principio de unas conexiones de intereses continentales entre las que fueron «Africa blanca» y «Africa negra» ha nacido de las coincidencias en haber sufrido colonizaciones relacionadas entre sí desde finales del pasado siglo y haber obtenido sus independencias simultáneamente después de la segunda guerra mundial. Antes de comenzar, sólo Etiopía y Liberia eran independientes. En 1951 nació el reino de Libia. En 1954 Egipto fue completamente libre. El 1956 fué el año de Túnez, Marruecos y el Sudán; 1957, el de Ghana; 1958, el de Guinea, y 1960, el del surgir a la vez de dieciséis nuevos Estados. Por último, otros dieciséis se fueron agregando escalonadamente hasta 1968.

En la mayor parte de los casos las implantaciones de las independencias no han representado un adelanto, sino un retroceso, puesto que a los problemas existentes en las etapas coloniales se han sumado otros muchos nuevos. Ha habido que dar formas a unos nacionalismos muchas veces incompletos; ha sido necesario llenar los huecos producidos por las brascas retiradas de las estructuras administrativas de las pasadas soberanías coloniales, o de los protectorados; se han tenido que inventar unas nuevas economías enlazadas con lo mundial, etc. Todo ello cuando los cuadros intelectuales y directivos eran generalmente muy escasos. Además se producen aquí y allá excesivos crecimientos demográficos, y el 42 por 100 de la población es menor de catorce años. Dentro de todos los espacios africanos, los países negros y los arabizados se encuentran con necesidades y dificultades semejantes ante la misma crisis de crecimiento.

El sociólogo belga Jean Comhaire, que ha dirigido la Oficina de Africa Central, en la Comisión Económica para Africa, y su esposa, Suzanne, que ha sido representante cultural de color en la Asamblea Interamericana de Mujeres, así como en los servicios del Camerun y Togo en la ONU, han emprendido y realizado la labor de resumir en un solo libro manual, pero muy profundo, todas las características esenciales de lo que Africa entera representa hoy en sus realidades y sus problemas, y las líneas de una apretada y compleja evolución. Para esta tarea han obtenido y añadido varias colaboraciones directas importantes. La de Fernand Bezy, director del Instituto de Países en Desarrollo, en Lovaina. La de Pierre L. Van den Berghe, técnico africanista en la estadounidense Universidad de Seattle. La de Amadou Mahtar M. Bow, ex ministro de Educación Nacional y de Cultura en el Senegal. Y la de Francis Olu Okediji, director del departamento de Sociología en la Universidad de Ibadán.

En cuanto al contenido expuesto y detallado sucesivamente, el punto de partida es del proceso o los procesos de la descolonización. En ellos se trató desde los primeros momentos de saber si los cuadros nacionales de los Estados africanos nuevos y de los rehechos o reconstituidos poseían por sí mismos suficientes recursos para atender a sus nuevas responsabilidades. En todo caso, los Estados nuevos y los renovados han venido

RECENSIONES

probando que sus solidez y sus duraciones dependían en gran parte de que sus dirigentes (formados en normas exclusivamente francesas, británicas, etc.) lograsen arraigar en las masas profundas de sus pueblos, que muchas veces no pasaban del nivel de las culturas tribales y los encuadramientos sociales consuetudinarios.

En la mayor parte de los casos, las responsabilidades de las independencias fueron otorgadas a unos equipos que (en pro o en contra) habían estado estrechamente ligados a las antiguas metrópolis, en condiciones que habían fijado los colonizadores, y no siempre en armonía con los cuadros geográficos naturales.

En el referido libro de Suzanne y Jean Comhaire se señala como uno de los mayores inconvenientes iniciales, después de las independencias, la artificiosidad de las fronteras entre los diferentes Estados afronegros; tal como fueron trazados por las potencias colonizadoras: haciendo rayas sobre mapas de papel, y cortando así artificialmente tanto las colectividades étnicas humanas como las zonas geográfico-económicas de producción. Por eso en el libro se concede especial atención a los planes y las realizaciones respecto a las agrupaciones regionales de Estados y Estadillos.

Después hay una extensa parte con varios capítulos referentes a los fenómenos culturales, desde las sociedades tradicionales de los clanes a las más recientes formas de las tendencias a unos cosmopolitismos africanizados de expresiones francesa o inglesa. En una parte posterior dedicada a los movimientos sociales y políticos, se comienza por presentar una pequeña antología de textos significativos de diversos líderes (desaparecidos o presentes), tanto del Africa blanca como del Africa negra. Así, por ejemplo, Abdel Nasser, Lumumba, el Negus, Sedar Senghor, Sekú Turé, etc.

En otra sección dedicada a los mayores problemas de la sucesión del colonialismo por el neocolonialismo, se va tratando de los aspectos estructurales del régimen colonial, la significación de la independencia política y las circunstancias históricas de la descolonización.

Siguen los problemas de la enseñanza, puestos en relación con las coyunturas internacionales, que ayudan a las vinculaciones de entrelazamiento entre unas y otras naciones tropicales. Sobre todo los de las selecciones universitarias.

En los problemas socio-económicos se atiende sucesivamente a cuatro sectores. Estos son el de los recursos naturales, el de la organización económica de las sociedades tradicionales y sus sistemas de intercambios con los problemas de las materias primas, los de la industrialización interafricana y el sentido de las nuevas aportaciones europeas con los nuevos principios de las inversiones, etc.

Por último, hay una relación sinóptica de todos los países africanos y de sus personalidades; distinguiendo entre los que son miembros de la Organización de Unidad Africana (OUA) y las otras entidades políticas sueltas. Hay también unas tablas estadísticas y una orientación bibliográfica.

Concentrando el fondo de las diversas exposiciones sobre el significado de la independencia política en los Estados africanos (sobre todo los afronegros), se comprueba que los resultados de los métodos empleados en cada país influyen en las conexiones con los demás y en el total de las relaciones a escala continental. Las correspondencias de los efectos se sostienen en la explicación dada sobre el paso (interno) desde el colonialismo al neocolonialismo. Funcionalmente se refiere a cómo los equipos gobernantes africanos

RECENSIONES

han recogido y readaptado en unos y otros países las normas administrativas de los que fueron países colonizadores. Como éstas solían depender de objetivos de utilización económica centralizada, al suceder una dispersión de esos objetivos en los nuevos Estados, todas las estructuras internas tienen que readaptarse dentro de los estrechos límites locales. Lo cual sólo puede superarse cuando se realizan unas revoluciones nacionales planificadas sobre el desarrollo de unas políticas de masas.

RODOLFO GIL BENUMEYA

O. BAUER, H. MARCUSE, A. ROSENBERG: *Fascismo y capitalismo*. Ediciones Martínez Roca, S. A. Barcelona, 1972, 193 pp.

El estudio del fascismo reviste particular interés si se tiene en cuenta, entre otras razones, que en definitiva la existencia en la Europa de 1939 de dos Estados basados en doctrinas consideradas como fascistas—aunque, en realidad, fuesen muy distintas entre sí—pudo determinar la explosión de la II Guerra Mundial. Por esto, el análisis de aquella ideología, de sus orígenes y funciones, ha motivado una copiosa producción editorial, entre cuyas obras, de desigual categoría, existen algunas realmente provechosas. Entre otras, podemos recordar las de Whiteside, Nolte, Bendix, etc., que someten a una profunda investigación los aspectos más diversos de este tipo de doctrinas.

Ahora, bajo el título de *Fascismo y capitalismo*, se publica este interesante volumen, en el que se incluyen cinco estudios muy diversos por su forma y contenido, seleccionados por Wolfgang Abendroth, que tienen en común la pretensión de explicar el origen y naturaleza de los denominados, con harta ligereza, «movimientos fascistas». La obra lleva una densa introducción debida a Kurt Kliem, Jörg Kammler y Rüdiger Griepenburg, en la que sintetizan lo que consideran como elementos básicos de la ideología, empresa muy arriesgada, puesto que, como reconocen, «es difícil concebir una teoría que tenga en cuenta simultáneamente la internacionalidad del fascismo y las peculiaridades nacionales que éste asumió al imponerse, las causas de la aparición y la práctica del dominio fascista en la vida pública». Efectivamente, resulta difícil porque, además de esos escollos, se trata de presentar como un fenómeno único y homogéneo lo que, en realidad son dos movimientos muy distintos. El fascismo italiano y el nacionalsocialismo alemán, pese a algunos rasgos comunes (uniforme, saludo, culto a la personalidad del jefe, invocación patriótica, etc.), difieren en el contexto doctrinal. Por ejemplo, el racismo, que resulta medular en el modelo alemán, fue marginal en el italiano. Ante tales perspectivas, los autores de la introducción se contentan con despachar el obstáculo admitiendo una serie de premisas que elevan a la categoría de axiomas que, en su opinión, constituyen la esencia del fascismo: «Durante la I Guerra Mundial o después de ella surgieron en casi todos los Estados europeos movimientos políticos caracterizados por un repudio radical de la democracia parlamentaria, del movimiento obrero organizado y de la teoría política del marxismo, así como por una ideología nacionalista y anticapitalista.» De esta forma, un tanto simplista, se obvian las dificultades que suponen el estudio, con rigor científico, de tema tan espinoso y se

RECENSIONES

aúnan movimientos tan dispares como los de Mussolini y Pilsudski. Por supuesto que, dada la orientación ideológica marxista de los autores, su interpretación del fascismo es preciso encajarla dentro de esa corriente política. Por esto, sin negar el acierto que logran los autores en determinados análisis de la estructura del fascismo y su significación histórica, hemos de formular serios reparos a una gran parte de las conclusiones, que carecen de suficiente precisión.

En este libro—que, insistimos, resulta verdaderamente interesante y que está llamado a causar un gran impacto en el público—se recopilan los trabajos teóricos más importantes surgidos en el movimiento obrero alemán antes de 1933 (Thalheimer), o en la emigración italiana (Tasca), austríaca (Bauer) y alemana (Rosenberg y Marcuse). La selección es afortunada porque estos trabajos son, en general, muy superiores a los actuales sobre análogo tema, lo que explica que no hayan perdido actualidad. El análisis fue realizado por sus respectivos autores cuando aquéllas doctrinas conservaban plena vigencia, inyectando su savia en dos Estados muy principales, y, en tales circunstancias, los juicios que emiten, aun aceptándolos con todo género de reservas, son más aproximados a la realidad que si fueran de época posterior, basados sobre un recuerdo que transmite una imagen deformada.

August Thalheimer inicia la obra con un ensayo titulado «Sobre el fascismo». Ya en 1923, Thalheimer había sentado las primeras bases de su teoría del fascismo, particularmente en lo referente a la relación entre la posición de la pequeña burguesía como clase social y las estructuras y contenidos de la ideología fascista. En opinión de los prologuistas, «elaboro un modelo, cuya clarividencia no ha sido superada, describiendo el proceso de gradual fascistización de las democracias parlamentarias burguesas. A partir de 1929, aplico esta teoría a la evolución de la política interna del Reich alemán». El defecto de Thalheimer—y también el de Tasca o Rosenberg—es el de considerar el fascismo tan sólo como un simple instrumento para imponer los intereses políticos burgueses. El capitalismo, precisamente, veía en la democracia parlamentaria el medio más idóneo para conservar su dominio político indirecto. El fascismo surgió combatido, en sus primeras etapas, por el capitalismo. Tan sólo cuando el fascismo, en Italia o en Alemania, se había transformado en un potente movimiento de masas cuyo triunfo se adivinaba, ciertos precavidos capitalistas se apresuraron a facilitar sus caudales con ánimo de recuperarlos multiplicados. Este enfoque, que parece más aproximado a la realidad, es diametralmente opuesto al que sustenta Thalheimer, quien, ya en 1929, escribía: «Lo que aquí ocurre es que se prepara el terreno ideológicamente para el *trust* dictatorial abierto de los partidos burgueses, cuya realización implica la destrucción de esos mismos partidos y, por consiguiente, la de la existencia política de la burguesía.» En su opinión, la burguesía prefería perder el dominio político con tal de conservar el económico. Muy interesante resulta el análisis del bonapartismo de Luis Napoleón, fundado sobre los estudios de Marx y Engels, como forma del poder estatal burgués que representa el tránsito al imperialismo (no en el sentido actual) y al fascismo. Es una teoría muy sugestiva, brillantemente expuesta, pero que no resulta totalmente convincente. La comparación que establece entre el bonapartismo francés y el fascismo italiano se nos antoja demasiado forzada y que no reposa sobre una base real.

Herbert Marcuse, tan popular estos últimos años, es el autor del segundo de los ensayos: «La lucha del liberalismo en la concepción totalitaria del Estado». El conocido

RECENSIONES

pensador marxista comparte con los demás autores la base metódica y la tesis central de que los orígenes del fascismo deben hallarse en la estructura social del capitalismo. Intenta demostrar, en párrafos muy elocuentes, que la transformación del Estado democrático burgués en Estado fascista no carece de lógica social y que el propósito fundamental de ambos es la conservación de la estructura social capitalista y sus condiciones centrales de poder. Marcuse insiste en que mientras la democracia se detenga ante la sociedad, el fascismo será una posibilidad inmanente de evolución para esa democracia.

El historiador Arthur Rosenberg resume las peculiaridades de la historia alemana que estimulan y modifican el proceso general de fascistización. Su ensayo «El fascismo como movimiento de masas» es singularmente revelador. «Para hacerse con el poder en el Estado, los capitalistas antiliberales han de ganar aliados entre los demás estratos populares. Los caudillos más hábiles del nuevo imperialismo incluso consiguen ser más demagógicos que los liberales y los demócratas burgueses. A veces llegan incluso a luchar contra los «mezquinos intereses monetarios» del liberalismo, bajo la bandera del apoyo nacional a los pobres. El moderno fascismo indudablemente forma parte de esta serie, y ha llegado a desarrollar un auténtico virtuosismo en el tipo de propaganda nacionalista que va unido a esta clase de política.» Este es el *leitmotiv* de su tesis que le parece haber confirmado después de un análisis de las condiciones imperantes en los restantes países europeos, de los que extrae un jugoso análisis histórico. Algunas de sus conclusiones son certeras, aunque el defecto de considerar homogéneo el modelo italiano y el alemán le impulse a cometer algún error cuando generaliza. Así dice: «Todo Estado fascista está condenado a derrumbarse en una guerra verdadera, porque la guerra moderna exige la colaboración de todo el pueblo. En caso de guerra, el Gobierno fascista tendrá que apelar a las masas populares pisoteadas por él y caerá víctima de la resistencia popular pasiva, y más tarde activa.» Esto resultó profético en el caso de Italia, pero falló en el de Alemania, que encontró a toda la masa del pueblo fundada unánimemente, y sólo la coalición de todo el mundo, y a precio de millones de víctimas, pudo quebrantar el poderío militar germano.

Otto Bauer, en *El fascismo*, se concentra en la relación entre la crisis de posguerra, la formación de una base social para el fascismo y la definición de su ideología. El antiguo líder del ala izquierda de la socialdemocracia subraya que la función más importante del fascismo fue destruir el movimiento obrero reformista y deduce de aquí una crítica del reformismo socialdemócrata, que quería transformar la sociedad capitalista en socialista únicamente mediante elecciones y acuerdos parlamentarios.

Finalmente, Angelo Tasca, cuyo ensayo «Condiciones generales del nacimiento y auge del fascismo» completa el volumen, destaca la relación específica entre las componentes del proceso histórico de desarrollo del fascismo. «La aportación más importante al fascismo fue realizada por las clases medias de la posguerra, cuyos rasgos particulares acabamos de poner de manifiesto. ¿Será preciso, pues, definir el fascismo como un «movimiento de las clases medias», desencadenado y aprovechado por la reacción capitalista?» La respuesta que da esta pregunta Tasca —miembro fundador del partido comunista italiano, del que

RECENSIONES

se separó en 1930 durante su exilio— viene a coincidir, fundamentalmente, con las que han aportado los anteriores autores. «Aunque se recluta predominantemente entre las clases medias, el fascismo hace su aparición en la historia destruyendo los partidos obreros y los sindicatos. A partir de este instante, y cualesquiera que sean sus partidarios y su programa, se alinea dentro de la ofensiva capitalista.»

En definitiva, se trata de un denso volumen, de gran interés y muy apropiado para una fructífera meditación.

JULIO COLA ALBERICH